

Post o pos, los prefijos nos sorprendieron en tanto itinerarios, cruces, relecturas, espantos y celebraciones. Se volvió a escuchar el nombre de Federico de Onís (¿no fue quien usó de primero el término postmodernismo?) o se recopilaron de manera apresurada los de Lyotard y Habermas. Se invocó, buscando orden y asiento en una sumergida que no parecía tener fondo, a Jameson. Se decía pensamiento débil, moral de la muerte, muerte del fundamento. Aquí

en Nicaragua, particularmente, exposiciones y advertencias humanísticas sobre todos los postmodernismo, postmodernidad, posthistoria, postindustrial. Extremo de la cautela, ante la posible impuesta cautividad en el orden nuevo, por un lado; por el otro, celebración de la postmodernidad en su íntima e inseparable relación con las nuevas tecnologías.

En algunos casos, especialmente estudios literarios, se ha preferido la comodidad de lo simplista: todo lo escrito en estos tiempos (de 1970 para acá?) se debe llamar postmoderno, suena bien. Cuando incluso la crítica y el escrito fijan sus funciones con mecanismos aptos en exclusiva para la (seudo) modernidad doméstica. Por otra parte, ¿acaso se ha dado cuenta de las inscripciones postmodernas o postcoloniales en autores como Sergio Ramírez, Lizandro Chávez Alfaro y algunos jóvenes del ya celebrado "terco mundillo del amanecer"?

Hablo de Nicaragua exclusivamente, los términos son ya de alcance académico, y aunque no han reemplazado las discusiones cen-

trales, donde pesan más términos como desempleo y neoliberal, globalización, gobernabilidad e identidad, requieren una buena despedida que los (re)ubique, y, si se quiere, los (re) traduzca, abriéndolos, precisamente, a lo que nosotros nos preocupa: nicaragüenses,

periferia de la periferia, penúltimo país de América Latina, país de la Revolución frustrada, castrada o abortada, con el ingreso per cápita disminuido en 59 por ciento con respecto al de 1960.¹

No creo exagerar si

afirmo que el libro de Carlos Rincón *La no simultaneidad de lo simultáneo. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina* (Editorial Universidad nacional, Bogotá, 1995), resiste muy bien todas estas peticiones. Como introducción "histórica" al problema de los post, de la ritualización latinoamericana ante ellos, de inmersión en los textos postmodernos, y, en fin, replanteamiento de los problemas de la simultaneidad, la globalización y nuestra naturaleza postcolonial. Pero, ¿cómo leer a Carlos Rincón desde un país no-simultáneo entre todos? Más acá del candor retórico que puede suponerse en la interrogante, yace otra, tampoco supérflua, según supongo: ¿acaso resiste el metal de nuestra idea el mandoble de su maza?. Virtud central de este libro es su facultad de apertura, a lo largo de los siete ensayos que lo componen, con una realidad poliédrica (la latinoamericana) en la que, a pesar de todo, somos capaces aún de encontrarnos (leernos), en tiempos en que los cordones (umbilicales/comunicacionales) parecen haberse nos cortado, aunque, paradójicamente, en realidad se multiplican.

La postmodernidad latinoamericana

Leonel Delgado Aburto

Sergio Ramírez ha usado la metáfora de los reflectores que estuvieron sobre Nicaragua durante la década revolucionaria, para apagarse hoy "hasta la oscuridad total"². Por otro lado, Freddy Quezada, celebrante de la postmodernidad, ha supuesto como corolario de una de sus tesis, que lo único homogéneo de la globalización son los no absorbidos por la tecnología, que un paria es idéntico a otro paria³. País oscuro (o paria), nación no-simultánea, merece respuestas, o búsqueda de esas respuestas, presencia y búsqueda de esa presencia.

De lo Posmoderno a lo Poscolonial

La recepción latinoamericana de los términos postmodernidad, postmodernismo, ha generado dos rituales, según Rincón, la advertencia de la polisemia (en efecto pueden significar muchas, demasiadas cosas), y la conciencia de estar fuera del debate (que puede tomarse del lado patético, cauto o celebrante: por fin llegamos). Babel, supuestamente complicada, encantadora y seductora, la postmodernidad se deja "historizar" en las búsquedas, prácticas y teóricas de la literatura y el arte norteamericano, que reciben una conceptualización posterior de época, ya que "el debate sobre el postmodernismo resulta constantemente redimensionado", p.36.

La "ciudad de los espejos (o lo espejismos)" que *sería arrasada por el viento y destruida de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos*, no es ajena a la recepción de la postmodernidad en Latinoamé-

La postmodernidad se deja "historizar" en las búsquedas, prácticas y teóricas de la literatura y el arte norteamericano, que reciben una conceptualización posterior de época, ya que "el debate sobre el postmodernismo resulta constantemente redimensionado"

rica. Tal vez *falta morgana*, dice Rincón, ya que *a varios niveles, cada uno con sus temporalidades y cronologías propias, se entremezclan los espejismos* (p.47). Se trata de las paradojas siguientes: Borges y García Márquez son tomados en E.U. como modelos de literatura postmoderna (años 60 y 70), y, así tomados, contribuyen al diseño de las teorías postmodernas euro-norteamericanas en los 80. Habría entonces, según la "historiza-

ción" hecha por Rincón, *dos enciclopedias, dos acepciones, dos archivos de textos primarios y secundarios*: 1) 1959-79, conceptualización de las prácticas artísticas y literarias; 2) A partir de 1979 un concepto de época, fuera de la lógica "moderna" (Lyotard, Baudrillard, Edward W. Said).

En esta última enciclopedia adquieren relieve *el rechazo de la centralidad, de la represión de la alteridad*, propia del proyecto Moderno. Y aquí un eje fundamental de la reflexión de Carlos Rincón, y que tácitamente es una advertencia a la vertiente hedonista-jubilosa de las teorías postmodernas: *la reivindicación de la diferencia, de la causalidad compleja, no bastó para dejar de constituir a otras culturas en marginales, al mismo tiempo que el postmodernismo se apropiaba de elementos o productos suyos — el caso de las ficciones latinoamericanas — poniéndolos, casi exclusivamente a la problemática de la crisis de la representación y sus rebasamientos*, p.48.

Es decir, lo que en terminología más común podría llamarse "lectura estetizante" de la ficción latinoamericana, fuera de contexto postcolonial y, en fin, nueva normativa en contexto de prédica no-normativista.

Una labor pertinente, entre otras tantas, sería entonces la (re) apropiación de las lecturas. Rincón pasa a la práctica (re)leyendo y (re)apropiándose *El amor en los tiempos del cólera*, *Gringo Viejo*, obras y autores reconocidos. Pero también otros no tan conocidos, como ser *Nao veras país nenhum* (1981) de Ignacio de Loyola Brandao (Brasil), o *La noche oscura del niño Avilés* (1948) de Edgardo Rodríguez Juliá (Puerto Rico). Y, al contrario de lo que podría pensarse, el “territorio” de Rincón no es la cómoda y académica literatura. Si algo cumple de manera radical, y hace de este libro (Lo no simultáneo de lo simultáneo...), una experiencia ejemplar en medio de cambios de paradigmas y otras nubosidades, es trabajar en un territorio descentrado, compuesto de plurales espacios: ámbitos sociales, históricos y urbanos; prácticas literarias y artísticas, como el pastiche, la alegorización, la intertextualidad; vínculos replanteados como el de la ciudad y la literatura, la nación y la narración, el territorio y la metaficción.

¿A dónde lleva esta descentralización “performativa” en el texto de Carlos Rincón? ¿Hay acaso un delta en la desembocadura, son los ríos que va a dar en la mar o uno solo pluralizado? Quizá sería hora de exponer la tesis central de este libro. Si la fórmula de Ernest Bloch (la simultaneidad de lo no simultáneo) “funcionó” hasta los 70, hoy Rincón plantea, a pesar del “atraso”, de la dificultad de acceso al saber y demás dilemas latinoamericanos, la tesis contraria: la no simultaneidad de lo simultáneo. *Lo simultáneo es el cambio de los discursos; la no simultaneidad es la de cada uno de los procesos donde tiene lugar el cambio*, p. 226.

Lo simultáneo, el debate. Lo no simultáneo, las respuestas. De manera que el propio libro de Rincón cruza diversos niveles y realidades latinoamericanas (no sintetiza, ya que la síntesis imposible es no simultánea) contaminando eventuales, posibles lecturas, aludiendo en lo fundamental, a veces en lo supuestamente tangencial, las heterogéneas realidades nuestras. En fin, el autor pone el discurso post-

moderno, no rechazándolo en nombre de la modernidad, sino adoptándolo en sus fundamentos de reconocer la alteridad y lo no normativo, en posición de enfrentarse (¿hibridarse?) con el discurso postcolonial, luego de establecer la diferencia dentro de los postmodernismos (para salir de los juegos identificatorios) que propone junto a la interconexión con las diversas críticas a las modernidades latinoamericanas.

Los territorios Descentrados

Contaminando, eventuales, posibles lecturas. Inscrito en el desenvolvimiento de este libro está, una actitud que busca al lector no simultáneo, a la realidad “propia” de nuestros países, concebida más allá de la unidad basada en el mestizaje, y situada en la heterogeneidad cultural, y la hora global y neoliberal. Me refiero, como ejemplo particular, no sólo a la fugaz aparición de un ángel modernista de Joaquín Pasos, (p. 75), o a la consignada efervescencia teológica centroamericana de los años 80. (p. 222). También aparece la necesaria reconstrucción de *La Habana* como *empresa que no se consigue imaginar*, (p.89), o, menos fantasmagóricas, las ciudades de la literatura que nos unen y nos separan (la conjunción es justa): Santa María y Santa Mónica de los Venados, las ciudades imaginarias de la modernidad. Pero también México, D.F. y Sao Paulo como megalópolis hiperreales, cuando la distopía latinoamericana es revelada como construcción “diferente” en las ficciones de Fuentes o Loyola Brandao, a las heterotopías de Calvino o Eco, aunque no hay binarismo simplificante como el que de aquí podría desprenderse.

Núcleos de expansión, que alcanzan valor paradigmático hasta para los países “pequeños”. Los temas son tratados por el autor, asimismo, “estableciendo paradigma”, ofreciendo modelo. Así su lectura de García Márquez o de las ciudades latinoamericanas, pero también su descripción del debate sobre postmodernidad llevado a cabo en Brasil (años 80).

Nos toca, en un país en el que el disentimiento intelectual se ideologiza con mucha frecuencia o lleva a enemistades sectarias y personales, la revelación del hábito de la polémica y su substrato autoritario que, tal vez tangencialmente, Rincón consigna citando a Antonio Carlos De Brito, (p.121). Y ante la polémica, que oculta a veces lucha por el poder intelectual, el debate como *constitución de posiciones y (la) confrontación de argumentos dentro de un proceso social y político de autocomprensión intelectual y cultural*, (p.107), que tanta falta nos ha hecho en todos los siglos de nuestra independencia.

Efectivamente, dice Rincón siguiendo a Jean Franco (p.228-229), la crítica cultural ha levantado “un nuevo mapa de la cultura latinoamericana”, tras el ocaso de las vanguardias; más que labor mediadora entre lo culto y lo popular, lo bueno y lo malo, el original y la copia, etc., articularía “la alteridad y la diferencia cultural”, poder y lucha por el poder interpretativo, modernidad como exclusión, subalterno y subalternidad. Territorios vírgenes (o casi) en Nicaragua dado que, a más de las posiciones ontológico-vanguardistas que interpretan nuestra “realidad” y “ser” con sus historias esencialistas y unilineales del arte y la literatura, con las “amalgamadas” lecturas literarias que practicamos donde tienen un aparente énfasis estructuralismo y postestructuralismo, cuando no mimesis irritantes, y las folklorizadas ideas sobre la labor creadora; el cambio de paradigma que, dice Rincón, tendencialmente se abriría con la noción de *culturas híbridas* (García Canclini), no nos toca todavía.

En su descripción del debate brasileño, Rincón echa de ver que la intimidación que tuvo en ese país la prédica postmoderna con la nueva visión de lo cultural y su vinculación en la lucha por la democracia (ciudadanía) y la ecología, de ser adoptados, habría vuelto ilusorio el paso del Estado desarrollista al Estado Neoliberal, p. 134 (sin solución de continuidad, como hemos vivido en nuestro país). Pero, por otra parte, la renuencia a tener una visión adecuada del postmodernismo (el ejemplo aquí es Sergio Paulo Rouanet, quien defiende la modernidad con su *As Razoes do Iluminismo*, (1989) lleva a que el proyecto “neo-moderno” se defina como “neoliberal”.

¿De Forrest a Calibán?

He intentado apenas un caprichoso itinerario con el que puede cruzarse *La no simultaneidad de lo simultáneo*, pero, como dije antes, este libro cumple diversas demandas. Des-

de la paleografía de los términos (no sólo los post, sino también terminología imprescindible para lo estudiosos de la literatura: pastiche, alegoría, intertextualidad), hasta la descripción de las problemáticas (nación, globalidad, megalópolis). En todo caso, no se trata de esencializar los conceptos, sino al contrario de usar la facultad de relacionar, en una lógica del replanteamiento del debate desde las ficciones latinoamericanas postmodernas, (re)leídas

en tránsito hacia un reconocimiento desde el discurso postcolonial. Ya que es paradójico, dice el autor, que alegar un esencialismo lati-

Nos toca, en un país en el que el disentimiento intelectual se ideologiza con mucha frecuencia o lleva a enemistades sectarias y personales, la revelación del hábito de la polémica y su substrato autoritario que... Rincón consigna

noamericano *haya llevado (...) a ponerse y dejarse poner al margen de un debate como el postmoderno, cuando se tenían tantas cartas para mezclar en el asunto* (p.229).

Con disrupciones (algunas veces) severas, me he adscrito a la creencia de Juan José Saer que ve la literatura en la raíz de los *media*, como modelo e, incluso, *superyó*. Los paradigmas de estudios literarios que ofrece Carlos Rincón en *La no simultaneidad...*, matizan desde ópticas inéditas, postmodernas, el eventual simplismo de la fórmula de Saer, su posible vocación normativo-modernista. García Marquez, por ejemplo, en *El amor en los tiempos del cólera* ritualiza gestos de *Superstar*, inscribe “el olor de la guayaba” en la apertura de la novela con actitud de un intelectual y su facultad para comunicar “lo que piensa sobre el mundo” con los medios (y no meramente pensar el mundo, p.53.) Carlos Fuentes, por otro lado, alcanzaría con *Gringo viejo* el estatus de “interlocutor válido” con los norteamericanos, en tiempos de integración regional, (p.173-191).

En ambos casos la presencia de la alteridad separa y une, quizá desviertúa los esquemas “normativos” postmodernos, incluso en el caso de Fuentes se trataría de un cambio de paradigma, de expectativas normativas a cognitivas p.173. Reescritura de la novela realista que los correspondientes Balzac o Flaubert criollos no escribieron, presente permanente, metaficción, propuesta de “un modelo cultural híbrido”, *El amor en los tiempos del cólera* sería (casi) inopinadamente un libro revolucionario. Así como la carnavalización de la historia en *El General en su laberinto* supone *seguir escribiendo, escribir en contra, reescribir y volver a escribir; risa y juego con amigos*, (p.161), en un continente en que la historia oficial tendría, cuando menos, cáncer.

Cuando nuestros últimos cinemas programaron *Forrest Gump* se interpretó en términos alegóricos: la venganza del idiota postmoderno (celebrado y celebrante), en una historia muerta, en contra del “iluminista” moderno⁴; o el afiliado vomitivo a la escuela oficial de nuestra

cultura pronoviciana, con una genealogía eruditamente cinematográfica (y explícitamente rechazado)⁵. He tenido desde entonces como significativa esta probablemente involuntaria yuxtaposición. ¿Terciaría tal vez el modelo Calibán-Ariel? ¿Quién diría, desde qué voz, interpelando a un Forrest no tan convencionalmente norteamericano, aquello del *qué tenemos aquí, un hombre o un pez, muerto o vivo*⁶?

Lo que quiero decir, nada originalmente, es que el problema de los forrest—peces—calibanes puede entroncar también con el problema de lo postcolonial, que el improbable debate nicaragüense debería buscar (advertir) nuevos (otros) derroteros. Carlos Rincón encuentra en las alegorías latinoamericanas (ejemplo central sería *La noche oscura del niño Avilés*, novela de Rodríguez Juliá sobre un niño-anciano sin brazos ni piernas), *la re-escritura, la resistencia textual, la deconstrucción textual del Imperio y la voluntad de transformación del concepto de Historia*, (p. 208). Revelar que estas prácticas (y conceptos) ayudan a resituar el debate —como tantas veces lo sugiere el autor— es, entre otros, de los logros y aportes fundamentales de este libro imprescindible ■

Notas

1.- Gorostiaga Xabier. “La Civilización de la copa de champán. Ciudadanos del Planeta y del Siglo XXI”. *Nuevo Amanecer Cultural* (Managua). Año XVI, No. 787. Octubre 7 de 1995.

2.- Ramírez Sergio. “Sandino Contemporáneo” *Nicaragua en busca de su identidad*. France Kinloch Tijerino. Managua. Instituto de Historia de Nicaragua (UCA). 1995.

3.- Quezada Freddy. “La postmodernidad de las comunicaciones en Nicaragua”. *Nuevo Amanecer Cultural* (Managua). Año XV, No. 740. Noviembre 5 de 1994.

4.- Quezada Freddy. “Forrest Gump. El discurso muerto y la imagen viva: resurrección del cementerio de posibilidades”. *La Prensa literaria* (Managua). Julio 8 de 1995.

5.- Argüello Ramiro. “Forrest Gump”. *La Tribuna* (Managua). P. 9a. Febrero 5 de 1995.

6.- Shakespeare William. “La Tempestad”; Acto Segundo, Escena II. *Comedias*. Managua. Editorial Nueva Nicaragua. 1982.